

Introducción

UN NUEVO PARADIGMA

I

Durante un largo período, hemos descrito y analizado la realidad social en términos políticos: el desorden y el orden, la paz y la guerra, el poder y el Estado, el rey y la nación, la república, el pueblo y la revolución. Después, la Revolución industrial y el capitalismo se liberaron del poder político y aparecieron como la «base» de la organización social. Reemplazamos entonces el *paradigma político* por un *paradigma económico y social*: clases sociales y riqueza, burguesía y proletariado, sindicatos y huelgas, estratificación y movilidad social, desigualdades y redistribución se convirtieron en nuestras categorías de análisis más habituales.

Actualmente, dos siglos después del triunfo de la economía sobre la política, esas categorías «sociales» se han vuelto confusas y dejan en la sombra gran parte de nuestra experiencia vivida. Tenemos, pues, necesidad de un *nuevo paradigma*; no podemos volver al paradigma político, fundamentalmente porque los problemas *culturales* han adquirido tal importancia que el pensamiento social debe organizarse en torno a ellos.

Debemos situarnos en ese nuevo paradigma para ser capaces de nombrar los nuevos actores y los nuevos conflictos, las representaciones del yo y de las colectividades que descubre la nueva mirada que hace aparecer ante nuestros ojos un paisaje nuevo.

La búsqueda del lugar central de ese nuevo paisaje nos lleva de inmediato hacia el tema de la información, que representa una revolución tecnológica cuyos efectos sociales y culturales son visibles en todas partes. Pero el punto más importante es aquel en que Manuel Castells insistía con tanta razón: la ausencia de todo determinismo tecnológico en esta sociedad de la información. Esto es lo que nos distancia de forma clara de la sociedad industrial, donde la división técnica del trabajo no era separable de las relaciones sociales de producción. Se ha creado una situación nueva a causa de la gran flexibilidad social de los sistemas de información. Afirmación que contradice los tan extendidos discursos sobre la in-

vasión de la sociedad por las técnicas, pero que conviene con quienes definen ante todo la globalización por la disociación de la economía mundializada y las instituciones que, al existir sólo a niveles más bajos, nacional, local o regional, son incapaces de controlar economías que actúan a un nivel mucho más vasto. Al mismo resultado conduce también la percepción de la violencia, las guerras, los sistemas de represión: ese mundo de la violencia política organizada no es ya un mundo social. Los Estados modernos se habían creado a través de guerras; los conflictos actuales no tienen función política o social. Una guerra no es ya la otra cara de un conflicto social.

Todas estas observaciones convergen hacia el mismo punto: la caída y la desaparición del universo que hemos denominado «social». Juicio que no debe sorprender, puesto que millones de personas deploran la ruptura de los lazos sociales y el triunfo de un individualismo desorganizador. Hay que aceptar como punto de partida del análisis esta destrucción de todas las categorías «sociales», desde las clases sociales y los movimientos sociales hasta las instituciones o «agentes de socialización», nombre que se ha dado a la escuela y a la familia al definir la educación como socialización.

Esta pérdida de la importancia central de las categorías «sociales» es tan radicalmente nueva que hemos tenido que renunciar a los análisis sociológicos a los que estábamos acostumbrados.

No es fácil hablar de un análisis «no social» de la realidad social. Sin embargo, esta expresión no es más extraña de lo que fue la de «sociedades políticas», aplicada a las monarquías absolutas y los Estados nacionales, en el momento en que la referencia a Dios y a la expresión social de las creencias religiosas perdía el lugar central que había ocupado. Incluso se puede trazar una evolución que conduce de las colectividades basadas en principios externos de legitimidad, en particular religiosos, a otros cuya legitimidad fue de carácter político, luego a otros que se pensaron como sistemas económicos y sociales y, por último, a nuestro tipo de vida social, invadida por un lado por las fuerzas *no sociales* que son el interés, la violencia y el miedo y, por otro, por actores cuyos objetivos son la libertad personal o la pertenencia a una comunidad heredada, objetivos que no son, tampoco, propiamente «sociales».